

Fotografías
Título: **Deportación**



Título: **Pena Ajena**

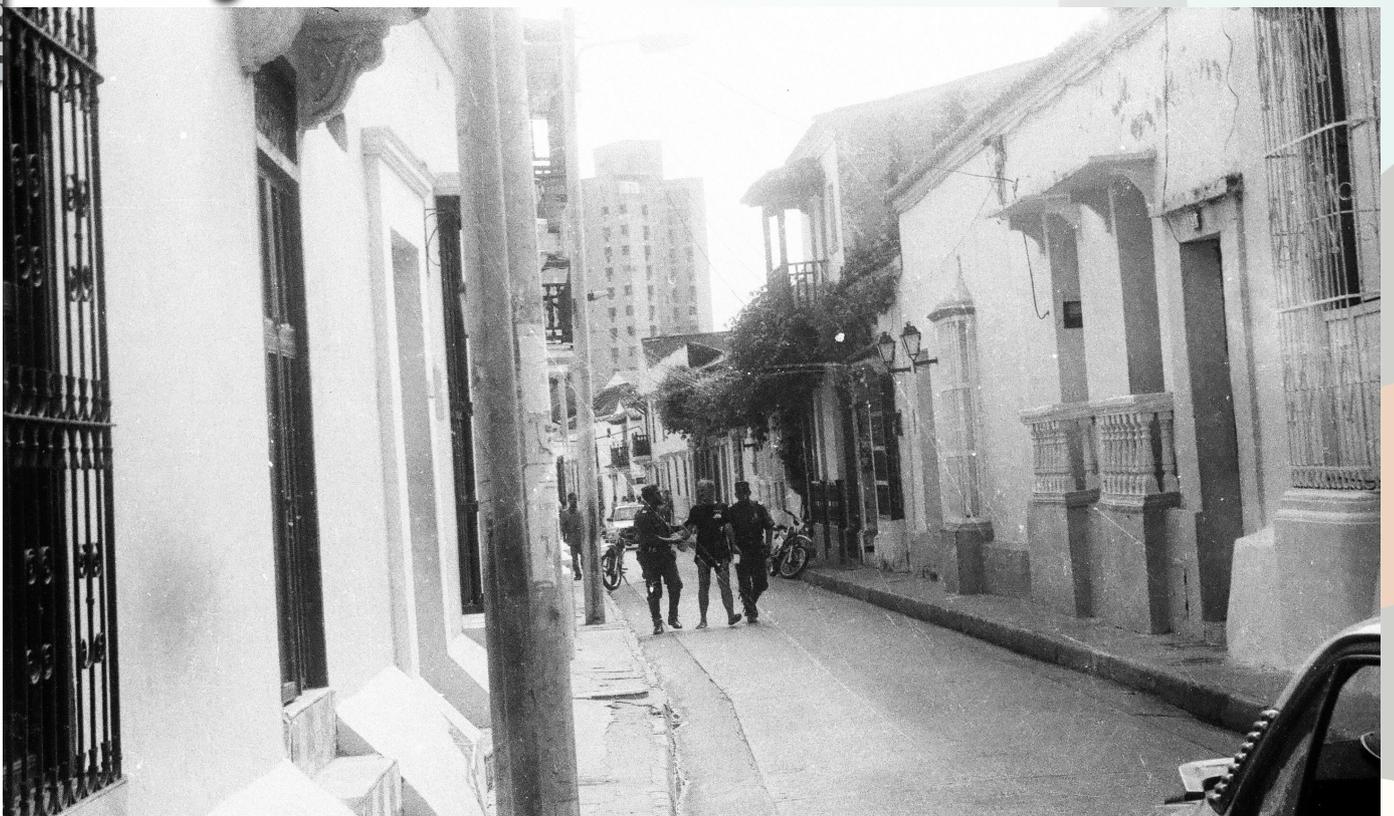


Foto
grafía: **Manuel
Zúñiga**

Los Habitantes del Hospital Abandonado

David Martínez Acevedo²¹

María llevaba varios meses dedicada a su trabajo de grado para titularse como antropóloga. Investigaba el caso de los trabajadores del Hospital San Juan de Dios que decidieron habitar el lugar luego de su clausura en el año 2001. Según me había comentado, el sistema de salud pública se vio fuertemente afectado por las políticas neoliberales que dieron lugar al modelo de Entidades Promotoras de Salud. Dado que la estructura de este sistema se organizaba hacia la privatización del servicio de salud, el San Juan al ser público perdería completamente la financiación del Estado. Con la implementación de esta medida, muchos empleados del hospital quedaron abandonados a su suerte, pues se les despidió sin derecho a liquidación y sin derecho a pensionarse. Frente a las demandas de los trabajadores, el Gobierno emprendió una campaña de criminalización del Sindicato de trabajadores del Sector Salud en Colombia. Como parte de su reacción jurídica y política, los empleados más comprometidos con el Sindicato decidieron convertirse en habitantes del hospital, al menos, hasta que sean reconocidos sus derechos como empleados antes y *después* de adoptar el lugar como su vivienda. María simpatizaba con los trabajadores, pero por las exigencias de la Academia se forzaba a

adoptar una actitud tan neutral como sus principios morales le permitieran.

Solía visitar el San Juan dos veces por semana para entrevistar a Susana, Victoria y Marcela, dos mujeres encargadas de los servicios generales y una enfermera. En ellas había encontrado testimonios idóneos para la perspectiva que quería inducir en su trabajo de campo. Susana era sin duda la más colaboradora y, tal vez por ello, a la que María más estimaba. Se trataba de una mujer mayor, de unos 65 años, aunque en su rostro brillaba cierta apariencia de juventud que, en lugar de reflejar el semblante de una mujer que ha envejecido, daba el aspecto de una mujer más o menos joven con un exceso de preocupaciones. Siempre recibía a María con entusiasmo y amabilidad, acostumbraba prepararle chocolate y servírselo con pan y queso al calor de una amena conversación. Con frecuencia sus charlas se daban a la luz de las velas, pues el suministro de energía eléctrica era intermitente y dependía de las visitas de estudiantes y docentes de la Universidad Nacional al anfiteatro del hospital. Charlaban con soltura debido a la confianza que se había ganado María con su trato e interés; por ello Susana no escatimaba detalles demasiado personales en sus historias. Entre una que otra trivialidad de su vida surgían datos de gran pertinencia acerca

21 Filósofo y Maestrando del programa de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador en el Grupo AURO-RA (Grupo de Estudios en Friedrich Nietzsche), asociado al Grupo Peiras de la Universidad Nacional de Colombia. Docente de Filosofía y escritor ocasional de relatos de ciencia ficción y terror.

de la situación de los residentes del hospital y su confrontación con el Gobierno antes y después del cierre oficial del lugar. Así mismo, María le compartía la información de sus investigaciones en la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Luis Ángel Arango. Desde luego, la información de índole jurídica solía ser la más valiosa para las señoras del hospital, pues aportaba herramientas útiles para su acción de tutela; aunque los funcionarios del Gobierno que atendían el caso siempre se valían de alguna ley para mantenerlo suspendido.

Semanas atrás María me había pedido ayuda con el registro fotográfico para su investigación, pero le preocupaba que Susana no se sintiera cómoda con mi presencia. Al ser un completo desconocido, podría poner nerviosos a los habitantes del hospital. En una ocasión María mencionó que, ante la presencia de algunos visitantes, los residentes preferían ocultarse por completo, como si el lugar estuviera realmente abandonado. Era constante la presencia hostil de reporteros sensacionalistas que pretendían vender el *caso* a los medios de comunicación como un espectáculo sobre un grupo de “*okupas*” sin otra intención que percibir prebendas del Estado. Pero gracias a los incontables rincones del hospital y a que las pertenencias de los habitantes eran escasas, rastrearlos era algunas veces una tarea sin resultados. Realmente era como si ellos desaparecieran del lugar. En varias ocasiones María me había advertido de la fría sensación de desolación que provocaba la lúgubre atmósfera de los edificios que visitaríamos. Muchas veces, cuando expresaba esos comentarios, yo le preguntaba por posibles fenómenos paranormales dentro de esas instalaciones; ella, muy emocionada, me contaba de los distintos avistamientos de fantasmas que al parecer ocurrían allí. Como era de esperarse, el día que le acompañé al sitio conversamos al respecto. Recuerdo que llevaba su cabello castaño a medio agarrar y bebía café de su

termo cuando me vio llegar. Nos habíamos citado un par de manzanas cerca del San Juan.

—*Holi*—dijo con una sonrisita pícaro y serena.

—Hola, ¿llevas mucho esperando?—pregunté un tanto preocupado.

—No, para nada. ¿Esperas tomar muchas fotos?

—Claro que sí, espero captar un fantasma—me sonrojé por lo ridículo que sonó eso—, aunque me daría mucho miedo.

—Pues en ese sitio es muy probable que ocurra—sonrió mientras observaba a unos jóvenes pintando un mural.

—¿En serio es tan probable? ¿No será sugestión y ya?

—Ja, ja. Allá han ocurrido varias cosas raras. La primera vez que fui escuchamos que movían unas camillas en el edificio de psiquiatría, yo le pregunté a Susana si había alguien ahí y ella muy tranquilamente me dijo que se trataba de un fantasma y que era mejor que ignorara esas cosas porque podía atraerlas y se me podría aparecer uno.

—¡Qué buen recibimiento!—señalé con evidente ironía.

—Cuando eso ocurrió me contó de un vídeo que anda circulando por internet. Supuestamente grabaron a un fantasma caminando por un corredor. Yo vi el vídeo, pero no noté nada, salvo una mancha blanca en movimiento.

—Un simple efecto de la luz.

—Pensé lo mismo, pero no le dije nada. También me contó de un funcionario público que fue a charlar con ellos para advertirles que pronto los desalojarían. El tipo muy renuente y desdeñoso los trató muy mal y les dijo que “si no querían

que les echaran a la *tomba*, mejor empacaran su chiritos y se largaran”. Pero a pesar del trato, Susana y los sindicalistas que estaban con ella fueron muy amables, al menos eso dice ella. Para ellos tratar con brusquedad a esos funcionarios puede significar que a todos los desaparezcan.

—¡Tenaz!

—El tipo luego de insultarlos y amenazarlos fue a mirar la ambulancia que está en el parqueadero, al parecer quería ver si se podía hacer algo útil con ella, pero el celador se le rio, porque eso lleva años ahí pudriéndose. De todos modos, el tipo le echó un vistazo a toda la ambulancia. Le miró las llantas, trató de abrir la puerta de atrás, pero estaba trabada, entonces intentó abrir las puertas delanteras para ver si desde adentro podía abrir atrás; pero esas puertas estaban peor por el óxido. Dice Susana que el funcionario metió la cabeza por la ventana del conductor y se puso a gritar imitando una ambulancia y riendo en su alboroto, todo tonto. En seguida sacó la cabeza de un golpe y cayó de espaldas.

”—¡Dios mío, Dios mío! —decía con la cara pálida y los ojos casi desorbitados.

”—¿Qué me le pasó, patroncito? —le preguntó el celador riéndose.

”—Hay una vieja ahí metida, una vieja horrible en bata. No, hermano... —le dijo con la mirada perdida y dizque temblaba un montón.

” Como era de esperarse, el celador se asomó para mirar dentro de la ambulancia.

—¡Uy! ¿Y qué pasó?

—Nada, no había nada. Susana luego se le acercó y le dijo que se lo merecía, porque a los fantasmas del hospital no les gusta que molesten a la gente que vive allá. El viejo salió de allá muy

deprisa y después de eso solo iba a la oficina que está cerca de la entrada trasera, pero dicen que al hospital no volvió a entrar. Yo lo vi una vez, porque en esa oficina hay una foto de José Joaquín Vargas Escobar, el señor que donó los terrenos para construir el San Juan, me interesaba documentarla.

—Yo no vuelvo... Yo de tu amiga me voy a vivir a otro lado.

—¿Qué miedoso! Ella también me contó del edificio abandonado que está ubicado al lado de la cancha de fútbol. Ahí creo que quedaban unas duchas. Ahorita el edificio tiene unas cintas de “no pase”, porque se está cayendo a tal punto que en algunos salones no hay piso y se ve un sótano o algo parecido. Susana me dijo que un vigilante estaba haciendo una ronda en la noche y para no tener que rodear el edificio, decidió atravesarlo; se demoraba menos. A medio camino vio a alguien metiéndose en uno de los cuartos de las duchas, así que decidió seguirlo.

—¿Un fantasma? ¿Por qué uno se iría detrás de un fantasma? Yo salgo a correr.

—Pues a veces se meten habitantes de calle, drogadictos o personas que quieren un refugio durante la noche. Debido al tamaño del lugar no hay suficientes celadores para evitarlo. Ten en cuenta que el Gobierno no le va a pagar a mucha gente para cuidar un lugar abandonado.

—Ya veo.

—Pensaría que era un *drogo* o algo así. Susana dice que el celador le apuntó con la linterna al tipo raro y le ordenó que se detuviera, pero no hizo caso hasta que el celador lo gritó. En ese momento el otro hombre se quedó quieto mirándolo desde la entrada de una de las duchas, la única que aún conservaba su tina intacta. El celador vio que el

tipo cargaba algo grande envuelto en una cobija, luego se metió en la bañera hasta recostarse por completo. Creyendo que lo tenía acorralado, el celador avisó a uno de sus compañeros con el radiotransmisor; pero al echar un vistazo en la bañera: no había nadie, solo había una cobija tirada ahí dentro. Marcela dice que ésas eran las cobijas que usaban para envolver a los bebés recién nacidos.

—¿El celador siguió trabajando allá?

—Sí. Todos los que he entrevistado allá me dicen que terminan por acostumbrarse a esas cosas. Victoria, la más supersticiosa de todos, me dijo “sí uno no se mete con los fantasmas, ellos a uno no le hacen nada malo”.

Cerca de la entrada me advirtió lo susceptibles que son las personas que viven allí a algunos comentarios, así que lo mejor era ser muy cauteloso con lo que dijera. Si ellos veían que uno no estaba de acuerdo con su protesta iban a sentirse ofendidos, de manera que yo prometí comportarme bajo sus términos. Divagamos un rato, nos besamos, hicimos comentarios sobre la Hortúa, el barrio donde estaba ubicado el San Juan, y nos alistamos para entrar.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó un celador con el tosco acento típico de los policías.

—Vamos a ver a Susana —respondió María con aspereza.

Sin decir nada más el sujeto nos abrió una pequeña reja negra y acompañó nuestro ingreso con una mirada seria e intimidante. Durante el recorrido María me mostró uno a uno los edificios del hospital, los parqueaderos y la ambulancia.

—¿Quieres verla por dentro? —me preguntó con emoción.

—¿Y que se me aparezca algo? ¡No, gracias!

Se rio y siguió indicando lugares con sus respectivos nombres y anécdotas recogidas durante los meses de su investigación. Comentó algunas cosas sobre los problemas que había traído la famosa Ley 100 al sistema de salud colombiana y cómo había afectado, además de la ciudadanía, a médicos y estudiantes que trabajaban o hacían sus prácticas allí. Nos metimos por unos recovecos estrechos para ingresar en los pocos edificios que no estaban bloqueados. Salvo esos y un par donde vivían los ocupantes, todos los edificios estaban bajo llave. Pasado un largo rato atravesamos el edificio donde el celador vio al hombre de la cobija. Y pese a haber escuchado el relato de María, yo no tenía miedo de ver un fantasma, sino de ser aplastado por un pedazo de techo, ya que el edificio estaba en muy mal estado. Finalmente llegamos a un pequeño sector rodeado de pasto, yo me detuve para fotografiar un antiguo teléfono público de moneda. María en la distancia me invitó a acercarme para presentarme a su amiga, me precipité y traté de poner una cara amistosa.

—Te presento a Susana —señaló cortésmente a una mujer de corta estatura y contextura delgada, vestida con ropa muy gastada, una falda y un suéter. La mujer estaba en una puerta que tenía encima suyo un letrero deteriorado del que se podía leer “Cuidados intensivos”.

—Mucho gusto. Eduardo.

—Susana —su voz era suave y tenía un acento boyacense casi imperceptible. Me dio la mano y nos invitó a entrar.

Al cabo de un rato nos encontrábamos sentados en dos pequeñas sillas de madera dentro de la cocina del lugar. La mujer encendió entre quejidos y gimoteos una estufa de gasolina, luego con un cuenco sacó

agua de un balde hasta llenar una olleta abollada sobre la estufa. Ella notó que yo había seguido con interés todo el proceso y me explicó que en ningún edificio había agua, debían extraerla de un pequeño lugar que los celadores utilizaban para ir al baño. El sitio quedaba a unos veinte metros de donde estábamos conversando, por lo que la mujer señaló las molestias de vivir de esa manera. Una vez mencionó las dificultades de su situación, María encendió frente a nuestros ojos su grabadora de bolsillo; en otro momento había mencionado que Susana le había permitido grabar cuanto quisiera sin preguntar.

—A nosotros nos toca bien fregado acá, como yo le dije a su novia una vez, los policías nos tratan muy mal. Eso hasta nos han intentado pegar. Yo, por ejemplo, tengo quince años de experiencia en el hospital, pero no puedo ponerlos en la hoja de vida porque me señalan de guerrillera o algo peor. *Usté* sabe que en este país quejarse es lo mismo que ser criminal; supuestamente por haber trabajado acá, y más por vivir acá, tenemos fama de lo peor. El Gobierno se hace siempre el loco con nosotros, no nos han pagado los últimos meses que trabajamos acá, no nos pagaron liquidación. Cuando nos empezamos a quejar, dijeron que éramos unos criminales, y lo peor, los años de trabajo acá no nos cuentan para pensionarnos. Eso yo a mi edad, imagínese, no puedo poner mis añitos de experiencia laboral, como si me la hubiera pasado durmiendo más de quince años. Tampoco puedo pensionarme, porque nadie me reconoce el trabajo que hice todo ese tiempo. Como no pagaron, ni nada, pues nos quedamos acá viviendo, porque sin trabajo, ni ofertas, uno no tiene pa' pagar una casita o algo así. Además, si nos vamos de acá, el Gobierno puede pensar que abandonamos la lucha, y así menos van a querer pagarnos lo que nos deben. Y, mijito, lo peor de lo peor: no tenemos salud, no tenemos nada —sus ojos se desvanecieron

en sus pensamientos y hubo un silencio corto pero intenso.

La mujer arrojó dos trozos de panela a la olleta y agregó tres cucharadas de café a la infusión, examinó el contenido de la olleta y lo sirvió en tres pocillos plásticos cuando hubo hervido.

—Hace poco hubo un foro sobre ustedes, estuvo el alcalde y debatieron las opciones que ustedes tenían, *¿sumercé* no estuvo? —Preguntó María antes de soplar con suavidad su pocillo.

—No, mijita, no pude ir, pero me contaron que estuvo bueno. Victoria y Marcelita sí estuvieron por allá; me contaron que hubo un alboroto y, como cosa rara, no hubo acuerdos de nada. Cada vez estamos más mal con ese tema. Pachito, el que vive en “Ortopedia”, se aburrió y se fue a trabajar en otro lado; hizo por ahí un cursito de celador, como no le pidieron experiencia, entonces se quedó trabajando en eso. *¿Se acuerda de él?*

—Ni idea. No conozco a nadie con ese nombre.

—Mijita, él fue a uno de los que torturaron, *de los que sobrevivieron*. —Me miró para incluirme en su charla— acá varias veces nos echaron la policía, una de tantas se metieron unos policías de noche y torturaron a unas personas, a otros, por ahí me contaron, los desaparecieron, yo no me acuerdo de esa vez porque todo fue muy silencioso, pero yo estaba aquí cuando eso pasó. En otra emboscada, Elías, el que era asistente de odontología, él perdió un ojo porque unos policías metieron metralla en esas pistolas de los gases. Eso al levantar la mirada para ver caer el gas se le estancó algo en el ojo; en la clínica donde lo atendieron le dijeron que era una canica.

—Increíble cómo esa gente viola, incluso, los derechos humanos sin sentir el menor remordimiento —dije con una mueca de pesar, no obstante, mi

comentario encendió los ojos de Susana y de repente se me ocurrió que había dicho algo inadecuado.

—Nosotros pa' esa gente no tenemos derechos de ninguna clase —sus ojos se encendieron aún más y agregó con una voz apagada y fría, lo cual me provocó un escalofrío—, nosotros no somos personas pa' esa gente, somos mero estorbo; no solo el Gobierno nos viola los derechos como trabajadores, también como personas. Nos roban, nos pegan, nos matan; para el Gobierno y para el Estado no existimos. ¡Nosotros somos fantasmas!, de los mismos que la gente ve po' acá. A nadie le importamos, bueno, a gente como ustedes, que al menos saben que existimos. —Dio un profundo sorbo de su café y agregó— como los fantasmas se aferran a los lugares donde se aparecen, a nosotros nos toca igual, tenemos el corazón unido a este hospital.

Charlamos un rato más sobre los vejámenes que experimentaban día a día y de la importancia de luchar ante las injusticias. Hablamos hasta que cayó la noche, lo cual me distrajo, pues me quedé viendo a través de la ventana de la cocina. Quería entender lo que se presentaba al otro lado, pero la oscuridad era absoluta.

—¿Qué pasa, mijito? ¿Tienen que irse pronto? — Debí perderme demasiado en la ventana para que Susana me interrogara.

—No, señora —me incorporé avergonzado—, pensaba cómo saldremos más tarde porque está muy oscuro, como no conozco el sitio, no sabría orientarme.

—¿Te da miedo que se te aparezca un fantasma? —agregó María con una risita sardónica; la miré incómodo sin responder.

—¿Le dan mucho miedo los fantasmas, mijito? —preguntó Susana con gran interés. Historias de fantasmas acá abundan, pero mejor no hablemos

de eso, porque luego terminamos llamando su presencia. Y no se preocupe, mijito, yo los acompaño con la linterna hasta la esquina donde empieza el parqueadero, ahí ustedes se pueden orientar con las luces de la calle.

—Le conté algunas de sus historias a Eduardo cuando veníamos. Como todo el que viene por primera vez, le da miedo encontrarse un fantasma —comentó María sin dejarme hablar.

Estuvimos unos treinta minutos después de eso y Susana nos acompañó hasta el punto que prometió, luego nos abandonó y nos despedimos prometiendo volver. Durante varias semanas frecuentamos el hospital para tomar fotografías, pero infortunadamente no volvimos a encontrar Susana; un par de veces vimos a Marcela, la enfermera, pero únicamente se detenía a saludar. En nuestra última visita fuimos a la morgue del hospital, y aunque propuse ingresar a hurtadillas y tomar algunas fotos, María con mucha seriedad me previno.

—No, amor, con los muertos no nos metamos. En serio. Susana me contó una anécdota feísima...

—Cuéntame.

—Vale. —nos desplazamos hacia las canchas de fútbol que estaban al fondo del hospital. Había un grupo grande de personas presenciando un partido de fútbol, nos sentamos relativamente cerca de esas personas y ella comenzó su relato—. Un día Susana llegó de trabajar, entonces estaba aseando la casa de un señor en el norte de la ciudad, por lo que llegaba muy tarde a descansar. Cuando atravesó el parqueadero de la entrada, revisó su bolso para sacar la linterna e iluminar el sendero camino a casa, pero vio que la luz de la morgue estaba encendida, por lo que creyó innecesario encender su linterna. Ella llegó a su casa y tuvo tiempo suficiente para comer, asearse y leer un rato; pero pasó mucho tiempo y

la luz de la morgue seguía encendida. Se le ocurrió que los estudiantes de la Nacional en un descuido se habían ido sin apagarla luego de sus prácticas. Se abrigó y salió de la casa, avanzó unos cuatro metros y se percató de que no llevaba su linterna, lo que la obligó a regresar. Retomó el viaje hacia la morgue y sintió que algo la observaba. Ella dice que se detuvo un rato para mirar a su alrededor, pero no vio nada. Siguió caminando hacia la morgue y de repente sintió un frío horrible que le cayó de la cabeza a los pies. Ella no recuerda nada más de esa noche.

—¿La asustaron y ya?

—Eso parece. Ella cuenta que cuando se despertó estaba todavía vestida y tenía un rosario amarrado a la mano. Cómo sería el susto que había dejado el comedor y unas sillas trancando la puerta.

—Pero ¿qué había en la morgue?

—Según ella, había un encuentro de muertos. Susana piensa que los muertos la asustaron para que no los viera en su encuentro, la asustaron para protegerla. Ella ya tenía conocimiento de las reuniones de los muertos en la morgue, porque otros le habían contado y porque a veces se escuchan cosas raras en la morgue los domingos a la media noche, lo cual es muy raro porque los estudiantes no van los fines de semana.

—¿Por qué escogerían la morgue...? ¿Sabes algo de eso?

—No mucho, pero Marcela llegó a comentarme de los lazos que atan a los fantasmas con ciertos lugares. Por ejemplo: su atadura con los lugares donde murieron, con los lugares que habitaron la mayor parte de su vida o con los sitios donde permanece el cuerpo después de morir. Por lo visto se trata de apegos emocionales y, como cree ella, cuando un fantasma se conecta emocionalmente con un lugar y los objetos que lo adornan, difícilmente

pueden separarse. Sin embargo, en algunos casos, los vínculos pueden romperse y los fantasmas desaparecen. Puede ser quemando los objetos de mayor apego o extrayéndolos definitivamente del lugar, lo suficientemente lejos como para que el fantasma, queriendo recuperarlos, se aleje bastante del lugar y pierda así la conexión. Ésa es la razón por la que asustan a las personas, porque así pueden mantener sus vínculos protegidos. Aunque Marcela hablaba de algunos fantasmas que no saben qué los ata al lugar, por eso merodean manipulando objetos, como el fantasma del edificio que se está cayendo. Por su parte, Susana y Victoria creían que muchos fantasmas se apegaban tanto a sus lugares que se comportaban como si estuvieran vivos. Victoria me decía que yo pude haber saludado algún fantasma creyendo que era un visitante del San Juan sin darme cuenta, —hizo una breve pausa pensando en tal cosa y agregó— bueno, a mí eso me dio algo de risa y un poquito de miedo.

Me quedé pensando en silencio lo que ella relató y sentí un vago temor que se extinguió con el ruido de las tribunas que celebraban un gol. Deambulamos otro rato y llegamos a una capilla abandonada, allí había una virgen de aspecto sombrío que fue modelo de un amplio material fotográfico. Se me ocurrió sugerir entrar a la capilla, pero no quería otra advertencia y mucho menos otra historia de miedo, al menos no estando adentro del hospital.

Transcurrieron dos semanas más y María no supo nada de sus amigas, hasta que vio en internet una noticia que decía que los trabajadores del San Juan serían desalojados, porque la Alcaldía tenía la intención de renovar y darle un nuevo uso a las instalaciones. Esto alarmó a María bastante. Me llamó pidiendo que la acompañara el día del desalojo para apoyar a los trabajadores. Hicimos un par de pancartas alusivas y fuimos a presenciar

el problema. Había un cordón enorme de policías y antimotines al rededor del hospital; y aunque había varios funcionarios públicos, ninguno era reconocido. Se veían dispersos pocos periodistas, pero ninguno estaba grabando lo ocurrido. María quiso entrar, pero la policía lo impidió. Gracias al lente de mi cámara pude observar adentro del lugar.

—Ahí veo a Marcela, a dos hombres y creo que... también está Susana.

—¡Déjame ver! —observó varias zonas del hospital al alcance del objetivo de la cámara—. Los están amenazando con unas armas. Están gritando alterados, pero no veo bien.

Los medios de comunicación empezaron a grabar. Los medios más famosos tenían un discursos sensacionalista y ofensivo; justificaban el desalojo y hacían énfasis en la criminalidad de una persona al ocupar un lugar público, desconociendo las demandas de los trabajadores. Los medios independientes ponían en contexto a los televidentes sobre la situación y planteaban interrogantes abiertos sobre el futuro de los trabajadores. Los policías que estaban afuera preparaban sus armas no letales esperando la orden para atacar; los que estaban adentro habían amedrentado a los residentes. Muchos de ellos, riendo con malicia, salían con ropa y pertenenciaspreciadas de los trabajadores para encenderles fuego en la calle al frente del hospital. En medio del alboroto pude ver en el parqueadero del San Juan más o menos veinte trabajadores, algunos con sus familias, siendo empujados, gritando y llorando. Detrás de ellos había un gran número de policías impidiendo que regresaran.

—¡El hospital es nuestra vida, no nos echen, no nos hagan esto! —gritó uno.

—¡No violen nuestros derechos, no nos pueden hacer esto! —gritaba Marcela.

María empezó a gritar para que los dejaran en paz y se desesperó cuando vio a Susana al otro extremo de la calle. Ambas se miraron y Susana le dedicó una mirada de resignación, como quien se despide para emprender un largo viaje. Lo último que hizo antes de salir fue sonreírle y decirle “gracias”, exagerando su gesticulación para que se le entendiera a la distancia. María dejó caer dos gruesas lágrimas y enmudeció. La pancarta que sostenía se le deslizó hasta caer. Sentí pena por ambas.

Uno de los porteros abrió la entrada vehicular del San Juan para dar paso al desalojo. Fue increíble lo que sucedió: los medios grabando, los policías dispuestos a golpear personas y los trabajadores gritando desesperados. Era una situación tensa y espantosa, simplemente una injusticia al separar a un grupo de personas del único lugar al que pertenecían realmente. Cámaras y ojos registraron lo insólito, el desenlace más inesperado. En el momento que los trabajadores fueron completamente desalojados, viendo sus pertenencias en llamas, un par de policías cerraron la gran reja del parqueadero; otros, se veía al fondo, destruían lo que veían a su paso. En ese mismo instante el portero aseguró el candado de la reja, rompiendo con ello el último vínculo que simbolizaba la conexión de los trabajadores con el hospital.

Un silencio extenso y profundo azotó el lugar. Las risas de los policías se apagaron. Algunas personas se desplomaron, otras quedaron petrificadas. Sentí la mano de María bañada en un sudor helado apretando la mía, mientras un escalofrío me robó el aire. Con un pesado silencio, policías, prensa, celadores, transeúntes y nosotros mismos vimos evaporarse como neblina a todos los trabajadores desalojados del Hospital San Juan de Dios.